
GUIA PARA LA ORACIÓN

En el caso concreto de la Encarnación, un diálogo lleno de amor y afecto con el Espíritu Santo, recibiendo su luz para conocer internamente al Hijo que él nos envía por medio de la Virgen. Predomina el afecto más que la reflexión.

La materia de todas las contemplaciones ignacianas es el *Misterio de Cristo*, sus hechos y sus dichos, poniéndolos ante mis ojos y ante mis sentidos *como si presente me hallase* [EE 114,2], sintiendo, gustando, saboreando y afectándome.

Después de leer la historia en el texto de Lucas (1,26-38), hacemos la *composición de lugar* viendo con los ojos de la fe el mundo entero, de todos los tiempos, de la época actual, con *tantas y tan diversas gentes*, tan necesitados de redención y ver la casa de María en Nazaret.

1°. Contemplo las personas en el mundo. Veo la diversidad de vestimentas, colores, semblantes, razas, situaciones... Oigo lo que dicen, miro sin perder detalle. Entro en el mundo envuelto en miles de problemas. En la vida de los hambrientos, de los que no tienen techo, de los que se llevan las riadas, de los que no tienen ropa... Veo a los parados, oigo sus gritos, la vida en las cárceles... Intento vivir unos momentos en la vida de los marginados, de los que viven felices o tratan de vivir felices, de los políticos, de los explotados, de los torturados, etc. Un mundo incapaz de dialogar amorosamente entre sí y con Dios, se ofenden entre ellos... Un mundo de mentiras, difamaciones, insultos, amenazas, irreverencias, perjurios, blasfemias, desprecios...

2°. Las tres personas divinas miran compasivamente a todo este mundo. Muchos seres ingratos se encaminan a la muerte temporal y a la infelicidad eterna. La Trinidad decide la redención del género humano, en un diálogo misterioso "que puedo escuchar". Un proyecto libre y gratuito. Piden mi colaboración en la redención, aceptando ese plan, asumiendo prácticamente en mi vida el Sí que el Hijo da al Padre y al Espíritu para encarnarse.

3°. Entro en el aposento de María y escucho su diálogo con el ángel. Veo a María, la observo, contemplo su actitud. Lo mismo con el ángel. El mensajero de Dios transmite fielmente lo que le han encomendado. Admiro la santidad de María, la llena de gracia. No pierdo ninguna de sus palabras. Sobre todo me fijo en la respuesta definitiva de la Virgen: *He aquí...Hágase...*

Y siempre reflejando para sacar provecho [EE 106-108]. Es decir, dejarme iluminar, dejarme empapar como una esponja, hacerme interpelar por él, implicarme en él. Es un volver sobre mí, un ir y venir del misterio contemplado a mi disposición personal, y desde mi disposición hasta el misterio, reconociéndome como objeto de la predilección de Dios, respondiendo a ese amor que por mí se ha hecho hombre.

TEXTOS PARA LA ORACIÓN

1. Ex 3,7-10 Conozco sus sufrimientos.
2. Lc 1,26-38 Concebirás un HIJO.

«BENDITA ERES ENTRE LAS MUJERES»

26-27. Dijo bien ambas cosas la Sagrada Escritura: que sería desposada y Virgen. Prosigue, pues, diciendo «desposada». Virgen, para que constase que desconocía la unión marital. Desposada, para que quedase ilesa de la infamia de una virginidad manchada, cuando su fecundidad pareciese signo de corrupción. Quiso más bien el Señor que algunos dudasen de su nacimiento que de la pureza de su Madre. Sabía que el honor de una Virgen es delicado y la reputación del pudor, frágil. Y no estimó conveniente que la fe de su nacimiento se demostrase con las injurias de su Madre. Se sigue también que, así como la Santísima Virgen fue íntegra por su pudor, así su virginidad debió ser inviolable en la opinión. No convenía dejar a las vírgenes que viven en mala reputación esa apariencia de excusa, es decir, que la Madre misma del Señor pareciese difamada. ¿Qué se hubiera podido reprochar a los judíos y a Herodes si hubiese parecido que perseguían el fruto de un adulterio? ¿Cómo hubiera podido decir El mismo: «No vine a destruir la ley, sino a cumplirla» (Mt 5,17), si hubiese parecido comenzar por una violación de la ley, que condena el parto de la que no está casada? ¿Qué, por otra parte, da más fe a las palabras de la Virgen y remueve todo pretexto de mentira? Madre, sin estar casada, hubiera querido ocultar su falta con una mentira. Pero casada, no tenía motivo para mentir, puesto que la fecundidad es el premio y la gracia de las bodas. Tampoco es pequeña causa que la virginidad de María engañase al príncipe del mundo, el cual, viéndola desposada con un hombre, nada pudo sospechar respecto de su parto.

Sin embargo, engañó más a los diablos. Porque la malicia de los demonios descubre hasta las cosas ocultas. Mas los que se ocupan en las vanidades del mundo no pueden conocer las cosas divinas. Por eso Dios se sirve del marido - el testigo más seguro del pudor- que hubiese podido quejarse de la injuria y vengar el oprobio, si no conociese el misterio. Se dice de él: «Se llamaba José, de la casa de David».

28-29. Conoce aquí a la Virgen por sus costumbres. Sola en sus habitaciones, a quien ningún hombre veía, sólo un ángel podía encontrarla. Por ello se dice: «Y habiendo entrado el ángel a donde estaba María». Y para que no fuese manchada con un coloquio indigno de ella, es saludada por el ángel.

Conoced a la Virgen por la vergüenza, porque se turbó, pues sigue: «Y cuando ella esto oyó, se turbó». Temblar es propio de las vírgenes, y el sobresaltarse cuando se acerca un hombre y temer todo trato de los hombres. Aprended,

vírgenes, a evitar toda licencia de palabras. María se conturbaba hasta de la salutación del ángel.

Admiraba también la nueva fórmula de salutación, que nunca se había oído hasta entonces, pues estaba reservada solamente para María.

30-33. No todos son como María, que cuando conciben al Verbo del Espíritu Santo, lo dan a luz. Hay de aquellos que abortan al Verbo antes de dar a luz (Lc 22), y hay de aquellos que tienen a Cristo en su seno pero que todavía no lo han formado.

Se ha dicho también respecto de San Juan que sería grande. Pero aquél fue grande como hombre y Este es grande como Dios. Porque la virtud de Dios se difunde ampliamente, así como la grandeza de la sustancia no varía con el tiempo.

34-35. Ni María debió rehusar de creer al ángel, ni usurpar temerariamente las cosas divinas. Por eso se dice: «Dijo María al ángel: ¿Cómo se hará esto?» Esta respuesta fue más oportuna que la del sacerdote. Esta dice: «¿Cómo se hará esto?» y aquél dijo: «¿Cómo podré saber esto?». Aquél se niega a creer y parece como que busca otro motivo que confirme su fe, éste no duda que debe hacerse, puesto que pregunta cómo se hará. María había leído (Is 7,14): «He aquí que una virgen concebirá y dará a luz un hijo» y, por tanto, creyó que iba a suceder. Pero no había oído antes el cómo había de suceder. No se había revelado -ni aun al Profeta- cómo aquello se había de llevar a cabo. Tan gran misterio debía ser proclamado, no por la boca de un hombre, sino por la de un ángel.

36-38. Ved la humildad de la Virgen, ved su devoción. Prosigue, pues: «Y dijo María: He aquí la sierva del Señor». Se llama sierva la que es elegida como Madre, y no se enorgullece con una promesa tan inesperada. Porque la que había de dar a luz «al manso» y «al humilde», debió ella misma manifestarse humilde. Llamándose también a sí misma sierva, no se apropió la prerrogativa de una gracia tan especial, porque hacía lo que se le mandaba. Por ello sigue: «Hágase en mí según tu palabra». Tienes el obsequio, ves el voto. «He aquí la sierva del Señor», es su disposición a cumplir con su oficio. «Hágase en mí según tu palabra», es el deseo que concibe.

SAN AMBROSIO